

The Popular

Año I
Número 32

REVISTA
SEMANAL
ILUSTRADA

Barcelona
5 Octubre 1921



Madge Kennedy

La popular y simpática artista de la pantalla, que tantas comedias cinematográficas iluminó con su gracia.

20 céntimos

Cine Popular

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA



Las bañistas se van...



OMENTABA una importante revista americana, hace pocos días, la decadencia de las flamantes bañistas, como importante aliciente del cinematógrafo. La causa de esta decadencia no es que el público, juicio soberano, no guste de admirar las morbideces de las preciosísimas americanas en las ligeros trajes de playa. Al contrario; los públicos de todo el globo terráqueo saborean con avidez esas brillantísimas escenas de playa, donde unas bellas americanas nos muestran, a la vez que sus habilidades artísticas, sus inquietantes intimidades estéticas.

La verdad es que la usa de esta decadencia de la bañista—«bathing girl»—que ha dado al traste con la saludísima compañía Senentt, donde tantas y tan lindas estrellas como María Prevost lucieron sus habilidades acuáticas y sus bustos esculturales, es una simple postura moralista. Ocurre que las compañías cinematográficas están atravesando, en la actualidad, una política de censura. La misma por qué atravesaron los libros en aquella iniciación literaria que preparó Zola en Francia.

Las compañías cinematográficas tienen pánico

a los «censores», unos buenos y sesudos señores, generalmente sin sentido estético alguno, que se disponen a manejar las tijeras a su gusto y antojo. En estas circunstancias una linda bañista que

muestre un milímetro de descote más de lo que el malicioso crítico moralista crea prudente, basta para que una película sufra mil calamidades y peripecias.

Los directores de compañías han preferido, sin duda, adoptar cierto gesto monacal, para evitarse que sus cintas lleven el membrete impertinente de las «indeseables».

Se van las bañistas... se van las mallas ajustadas a los cuerpos dedicados y tensos de las muchachas americanas. Se van las resaladísimas escenas de mar y sol; pero no se van para siempre. Ellas volverán, porque hacen mucha falta en la pantalla.

Nos hemos interesado ya demasiado en esas películas alegres y optimistas de chapuzones y peripecias veraniegas. La racha del moralismo infundado se alejará en breve, volviendo a ser la pantalla lo que debe

ser: reflejo de la vida, fiel y sincero.

Y pronto tornarán las nereidas cinematográficas a deleitarnos cara al sol, en las playas amorosamente besadas por un mar azul. — AURELIO



Gaby Morlay

Notable y distinguida artista francesa

ACTUALIDAD CINEMATOGRAFICA

Fatty nos cuenta sus cuitas en una misera cárcel

EN la cárcel central de Los Angeles (California), un guardia, que tiene la orden del Director de prisiones de conducirnos a la celda de Fatty, nada más que para poner nuestros humildes pies en el «honroso» edificio llamado cárcel nos sale al encuentro y desempeñando las funciones de guía nos lleva por unos corredores. Más que cárcel parece un laberinto; y, por fin, después de mucho andar, a través de unas rejas divisamos a un hombre que tiene escondida la cara entre las manos, quien al oír pasos levanta la cara con gesto retador (sin duda creíase que se las iba a ver con el juez o cosa semejante), pero al reconocer su error se dulcifica su rostro y nos quedamos boquiabiertos. ¡El preso era Fatty!

—Pero ¿cómo es posible que usted, una persona tan formal, esté acusado de haber dado muerte a una mujer?

—No lo sé ni yo mismo. Se han puesto las cosas tan mal para mí que dudo pueda salir absuelto de este asunto tan desagradable.

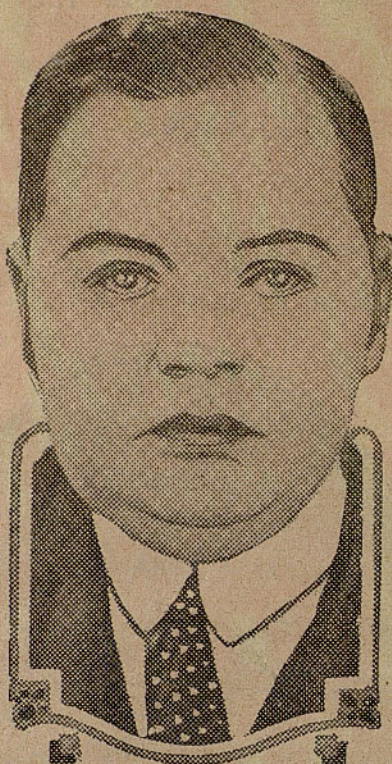
—¿.....?

—Sí, ya vé usted; yo, que en mi vida he roto un plato, acusado de feroz asesino y de seductor de jóvenes inocentes.

Y el pobre Fatty sentóse preocupado y quejándose de las injusticias de la vida.

—Bueno, déjese usted de tristezas y vamos al caso. ¿Es cierto lo que dice la prensa de la sociedad o el club de los Cien Vividores?

—En parte tiene razón y en parte no. Mire usted: a mí y a varios millonarios enriquecidos por el cine, que no tenemos ni mujer, ni hogar seguro, ni familia, se nos ocurrió la idea de, ya que tenemos dinero en abundancia, gastarlo de la mejor manera, pues si no gastáramos nuestro dinero ¿a quién se lo íbamos a dejar? ¿Al Estado? No, dijimos todos a una; justo es que lo gastemos bien si lo



Roscoe (Fatty) Arbuckle

hemos ganado con el trabajo. Esa fué la idea genial que se nos ocurrió, y con el nombre de Los Cien Vividores formamos una sociedad en comandita a la cual aportábamos cada uno fuertes cantidades. Claro es que en la sociedad tenían que entrar miembros constitutivos de ambos sexos, y dejamos los puestos de socios de honor y honoríficos a las mujeres bonitas. (Aquí hace pausa Fatty y suspira tan melancólicamente que casi pienso si se habrá convertido en romántico.) Miss Rappe, una de mis compañeras de club, era guapa y yo la eché el ojo. Las relaciones que tuve con ella no fueron estrechas; nos tratábamos como amigos, pero nada más. Si mi malhadada suerte quiso que se muriese en mi cuarto ¡qué le vamos a hacer! Contra el destino no hay

nada. Creo yo que Virgin Rappe murió a consecuencia de las fuertes bebidas, pues como no estaba acostumbrada, bebió demasiado, y sobreviniéndole un ataque cerebral la llevó al otro mundo. Ahora, si se empeñan en que yo la he asesinado, es para matar a una persona de verdad.

—Pero, ¿sabe usted, Fatty, que toda la prensa se ocupa de usted y que este escándalo va a terminar con su buena reputación y quién sabe si con su carrera cinematográfica?

—Sí que lo sé, pero yo tengo mi conciencia tranquila; si pierdo mi reputación de persona honorable, la sabré recuperar. Y en cuanto a mi carrera de actor de cine, no hay cuidado, porque ya he recibido ventajosas proposiciones de contratos. ¿No ve usted que esto me hará más popular y que es una especie de reclame lo que me hacen?

—¿.....?

—¿Que si he recibido cartas? Muchísimas. ¡Tengo la cabeza tarumba de leer tantas! En unas se me desea mi absolución y en otras se me amenaza de muerte. Si saliera libre del proceso, estas amenazas no me asustan, porque el guapo que intente algo contra mí, ¡sabría quién es Fatty!

—La vista del proceso, ¿cuándo es?

—Me han hecho acudir tantas veces a los tribunales, que ni sé siquiera cuándo ni qué día es el definitivo para mí, ¡el día que pronuncien el veredicto! Abogado defensor no quiero escoger; que me defienda el que quiera. Ya saben que el que lo gre ponerme en libertad tendrá un buen premio monetario.

Y por haber terminado el plazo que conceden en la cárcel a las entrevistas con los presos, tengo que despedirme apresuradamente de Fatty y largarme.

Una vez en la calle compadezco a Fatty no deseando hallarme en su lugar.

STUL G.

De aquí De allá

**Alice Lake está perdi-
damente enamorada.**

ALICE Lake se encuentra perdi-
da e imprevisamente en-
amorada. Su feliz adorado es
uno de los artistas de su compa-
ñía.

Trabajando en una reciente
producción titulada *El legado
dorado*, el otro día hubo de in-
terrumpirla el director repetidas
veces, al tomar algunas escenas
de amor, debido a que Alicia
como trabajaba precisamente
con el dueño de sus sueños amo-
rosos, pretendía hacer las cosas
demasiado a lo vivo.

**¿Nueva empresa
cinematográfica?**

DICE un periódico profesional
americano, que varias estre-
llas cinematográficas de positi-
vo relieve, aunque algo veladas
por el brillo de «los ases», pro-
yectan constituir una compañía
para la producción de cintas
con un carácter sumamente co-
munista.

Dice el citado periódico:

«Los artistas cooperarán con
una suma fija, bastante cuan-
tiosa, a los gastos iniciales de
la empresa y no percibirán
suelo alguno, repartándose
equitativamente los beneficios
de la producción...»

Si esto no es comunismo, que
baje Dios y lo vea.

**Monti Collins y su
buena voluntad.**

MONTI Collins fué siempre muy
voluntarioso en la escena.
En sus principios como actor
tenía la costumbre de ejecutar
rigurosamente lo que le indica-
ba el director, sin réplica ni co-
mentario ninguno.

En cierta ocasión era neces-
ario escalar una alta torre de 30
metros. Mientras el director es-
taba pensando hasta dónde lle-
garía el que subiera, Collins
supuso, infundadamente, que
era él quien debía arriesgarse,
puesto que él era el artista.

—¿A qué altura quiere usted
subir?—preguntó el director.



CHARLES RAY en «El niño mimado»,
cuyo argumento publicamos

—¿A qué altura quiere usted
que suba?—respondió Collins.

—Tan alto como pueda usted
—replicó el director.

Collins, ni corto ni perezoso,
se lanzó torre arriba llegando
hasta lo más alto. Lo único que
Collins no hizo, fiel al pensa-



CHARLES RAY en «El niño mimado»

miento del director, fué que de-
bía descansar a mitad del ca-
mino, y él se lo hizo de un ti-
rón.

Luego se informó de que esta
escena debía haberla realizado
un profesional en tal ejercicio.

Pero al fin y al cabo había
ahorrado a su compañía bastan-
tes dólares, afirmando su fama
de voluntarioso.

El clown Beby

SE confirma lo que dijimos:
Beby, el clown tan conocido
de este público, va a impresio-
nar en Bélgica varias cintas có-
micas, de las que se espera
mucho y bien.

¿Tendremos en puerta otro
Charlot, o se tratará de un in-
tento más para renovar la pro-
ducción cómica, hoy día tan
deleznable?

Un concurso

UNA de las revistas cinemato-
gráficas más populares de
Norte América, la *Motion Pic-
ture*, de Nueva York, realizó
un concurso entre sus lectores
sobre cuál es el artista favorito
del cine.

El número de votos alcanzó a
más de dos millones y el núme-
ro de los votados fué el si-
guiente:

Mary Pickford	96,455
Margarita Clark	76,230
Douglas Fairbanks	70,011
Harold Lockwood	67,975
William S. Hart	67,431
Wallace Reid	57,946
Pearl White	53,598
Anita Stewart	42,555
Francis H. Bushman	34,611
Theda Bara	34,608
Mary Mile Minter	33,991
Carle Williams	33,128
William Farnum	31,313
Clara Kimball Young	31,288
Paulina Frederick	29,785
Norma Talmadge	29,306
Charles Chaplin	28,974
Vivian Martín	28,698
Billie Burke	24,017
Ethel Claydon	23,125
Bervely Bayne	22,877
Warren Kerigan	22,351

Jack Pickford.	21,799
Alice Joyce	21,644
Henry B. Walthall. . . .	20,821
Geraldine Farrar	20,555
Alice Brady	20,012
George Valsh.	19,304
Violet Merseren.	16,813
Dustin Farnum	16,738
Besie Love.	16,668
Mae Murray	16,480
Charles Ray	16,186
Carlyle Blackwell	15,788
Olga Petrova.	15,424
June Caprice.	15,243
Mary Allison.	15,038

Sólo hemos anotado los que tienen más de 15,000 votos.

Preferencias

LA Bertini muestra predilección por el color negro.

Norma Talmadge es estu-
sista del gris perla.

Mary Pickford prefiere el azul.

Bebé Daniels usa con prefe-
rencia el blanco.

Pina Menichelli prefiere el rojo, y Carol Holloway el verde.

Así lo dicen de América.

Otra bañista camino de ser estrella.

Yano es sólo María Prevost la que, desde su puesto de «ba-
thing girl» de la compañía Mack Sennett, salta a primera estre-
lla. Ahora Harriett Hammond se halla en el mismo camino.

Miss Hammond acaba de ser contratada para desempeñar un importante papel. Ultimamen-
te desempeñó el papel principal en una cinta titulada *¿Deben casarse los hombres?*

Deseamos a la nueva estrella en ciernes triunfos muy reso-
nantes en su carrera.

Un suicidio «auténtico»

EN Los Angeles que es, por lo visto, la región donde más cosas raras suceden, pues allí es donde radican casi todos los artistas del arte mudo, se ha suicidado el mes pasado la esposa de Jack Mulhall, el popu-
lar actor de cine.

La muerte debe haberse pro-
ducido en forma trágica, posi-
blemente para impresionar más a la farándula del cine.

Fué hallada en sus habitacio-

nes con una toalla saturada de cloroformo apretada sobre el rostro. Los Mulhall se habían casado hace siete años y tenían la reputación de ser un matri-
monio ideal, de modo que esta tragedia resulta inexplicable. La señora Mulhall no dejó ex-
plicación escrita de ninguna es-
pecie. Ni tampoco dejó dicho que se quitaba la vida por ce-
los como han dejado escrito otras mujeres de artistas de ci-
ne. El único recuerdo antes de morir fué para un hijito de tres años a quien sentara en un sofá rodeado de juguetes.

Fiebre casamentera

LADYS Brockwell se ha casa-
do con William Scott. Este es el tercer matrimonio de dicha actriz.

Theda Bara, o sea Teodósia Goodman, se ha casado con M. C. J. Brabin.

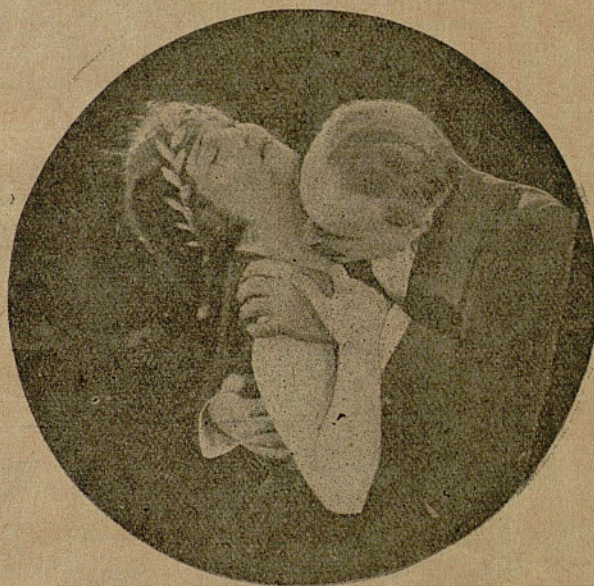
Peggy Hyland, con Fred Granville.

Jack Gilbert, con Leatrice Jov.

Katherine Mac-Donald, con un millonario cuyo nombre se ignora.

Mary Miles Minter, con M. Orville Erringer.

Cómo se besa en el Cine



REALMENTE los artistas cine-
matográficos son los más afortunados de los mortales. Además de cobrar sumas fabu-
losas por la interpretación de sus papeles, disfrutan de las caricias de las más esplendentes bellezas del mundo.

Se dirá que el amor en la es-
cena muda es simple gesto sin pasión; pero la verdad es que nosotros nos devanamos los sesos pensando si esos felices mortales serán capaces de no conmovirse en una escenita co-
mo la que presentamos, ponga-
mos por ejemplo contundente.

Es «ella» Alice Joyce, una co-
nocida artista, y la ha sorpren-
dido el fotógrafo en un mo-
mento de intimidad. Aunque la escenita es para poner la carne de gallina, tranquilícense los ti-
moratos, pues no pasa de ser un pasaje, un poco ardiente, de la cinta *El ruego*, de la «Vita-
graph».

¿Cómo se besa en el cine?
Pues seamos sinceros; igualito que en la vida, cuando la vida es intimidad.

Por algo se dijo que la esce-
na muda, aunque muda, es la más realista de las escenas.

Douglas Fairbanks o el artista

TIENE, como puedes ver, lector, una simpática expresión ratonil. Fairbanks parece como si llevara en sus nervios una formidable pila eléctrica. Brinca, gesticula, acciona en una vertiginosa velocidad.

Fairbanks es el artista dinámico por excelencia. La quietud en él es algo fabuloso. Cuando se pelea es un alud que salta por las ventanás, se agarra al cuello del enemigo como un mono; maneja las sillas y muebles con la velocidad de un huracán.

En el amor es Douglas Fairbanks vertiginoso. Un amor catastróficamente feliz que invade a la adorada en un relampagueante optimismo pasional.

Sus películas son escenas de un loco simpático, que domina al público con sus gestos, sus saltos y su mímica.

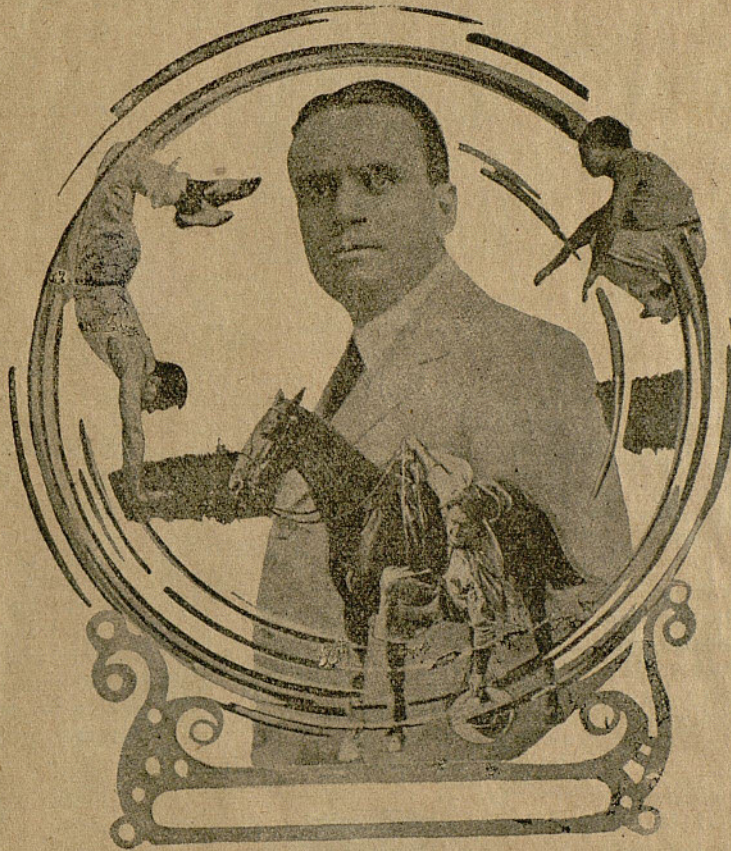
Por su movilidad incansable es este popular artista uno de los más representativos del carácter norteamericano.

Sus películas llevan el sano optimismo de esa vida del nuevo mundo, que nos atrae y subyuga a los latinos, con sus contrastes y sus peripecias.

Fairbanks es un aventurero de la película. Su romanticismo de última modernidad nos lo presenta como prototipo de la nueva generación. Lleva fuego en las venas, inquietud de variar en todo: en los negocios, en el amor...

Su principal triunfo consiste en su simpática brusquedad.

relámpago



Ved reflejada en su fisonomía inquieta, toda la movilidad sugestiva de su espíritu.

Cuando pasa Fairbanks por la pantalla deja siempre rastro tras de sí; es catastrófico y sin duda alguna su estudio debe ser desordenado y pintoresco como su temperamento.

Actualmente se halla Fairbanks ocupado en la gran película *Los tres Mosqueteros*. Según información de la «United Artists», emplea en la gran cinta un millón de dólares. Sólo necesita el vertiginoso Fairbanks tres meses para convertir un millón en lo que espera se-

rá la mejor de sus películas.

Pocas veces en la industria cinematográfica se ha registrado derroche de dinero tan enorme como el invertido en *Los tres Mosqueteros*.

Las sumas invertidas en indumentaria son verdaderamente

fabulosas, y lo gastado en decoraciones exteriores más de 50,000 dólares, sin contar el barco y muelle todavía por construir.

«El pago semanal es tres veces mayor que en las más costosas de nuestras anteriores producciones», dice John Fairbanks, hermano y administrador de Douglas. «Nuestra mira ha sido conseguir los mejores talentos sin reparar en el coste.»

El director Niblo y Douglas esperan terminar pronto esta película, y no dudamos que su éxito será mundial.

Douglas ahora se deja crecer el bigote, lo que

está siendo una graciosa actualidad en su compañía. Fairbanks se deja crecer los mostachos con el fin de dar mayor realidad a la cinta *Los tres Mosqueteros*, en la que debe desempeñar el gallardo papel de Artagnan.

El ágil y vertiginoso Fairbanks ha de encarnar maravillosamente en el héroe de Alejandro Dumas. Aquel simpático Artagnan que lleva el optimismo en la punta de la espada, tiene algo de este otro caballero Fairbanks de las modernas edades, todo movimiento, inquietud y agilidad.

La Cinematografía en el mundo

EN INGLATERRA

UN film histórico se proyectará en breve: *Cómo fué traicionado Kitchener*. Se dice que causará sensación.

—Australia ha impuesto una tasa de importación de un penique por metro a los films ingleses.

¡Vaya un cariño hacia la metrópoli!

—Félix Hormann del «Blackton Studio», afirma que durante su estancia en Londres ha visto a más de 5000 mujeres, de todas las clases sociales, que querían ser artistas de cine.

—La «Famous Players Lasky» ha inaugurado en Actón su nuevo estudio, cuyo valor es de 200,000 dólares.

EN ALEMANIA

HUGO Stinnes el gran financiero alemán y el general Luedendorff, han fundado una empresa cinematográfica con gran capital para la explotación e impresión de films de tendencias monárquicas.

—La casa «Ernemann», de Dresde, ha recibido la medalla de oro en la cuarta exposición de «Deutsche Photographen Verein Weimar» por haber inventado un método de refrigeración de las cintas que evita el peligro de que se inflamen.

—En el nuevo film *El odio sagrado*, la nueva estrella Hanna Lierke ejecuta una serie de actos de gran audacia.

EN LA ARGENTINA

MIENTRAS en España la producción cinematográfica apenas da señales de vida, en la Argentina florece con todo su esplendor.

En agosto se ultimaron los films siguientes:

El triunfo de la verdad (Tylca Film); *Los hijos de nadie* y *La ley del hombre* (Atlántida Film); *El hijo del riachuelo* (Porteña Frem); *Buenos Aires, ciudad de ensueños* (Mayo Film); *Ave de rapina* (Cinematográfica Ariel); *Mi longuita*

(Gallo Film) y *Esthercita* (Chaco Film).

EN FRANCIA

«El misterio de Osiris»

PRONTO se proyectará una notable cinta titulada *El misterio de Osiris*.

Como se puede suponer por el título, se trata de una película sobre un asunto egipcio.

En esta producción francesa de la casa «Gaumont», se presenta la antigua vida del histórico Egipto en su maravillosa época de leyendas misteriosas.

Esta cinta, que nos presenta escenas llenas de color de la vida fastuosa de los Faraones, nos muestra también la vida de las modernas ciudades egipcias.

El papel de la princesa Harja, una de las principales figuras, es interpretado por la artista rusa Lloana Leonidoff, que trabajaba en la antigua Opera de Rusia, en la época de los zares.

«Hantise»

ESTÁ en la actualidad preparándose en Bretaña esta film francesa, producida por la «Pathé», bajo la dirección de J. Kenin.

La estrella de esta cinta es la bellísima Genoveva Félix, que tiene como compañero a Félix Ford.



El conocido artista cinematográfico M. ESCOFFIER, de la pantalla francesa.

CHARLOT EN PARIS

EN la actualidad se halla Charles Chaplin en París, a donde ha marchado desde Londres

y donde está siendo objeto de las mismas enormes muestras de simpatía que en la capital inglesa.

¿Vendrá después a España?

EN AMERICA

¿QUIEN ES EL REY?

¿QUIEN ES LA REINA DEL CINEMATOGRAFO?

MOVING Picture World ha sacado en conclusión, por mayoría de votos, que la reina del cine es Norma Talmadge, con 37,150 votos.

El puesto de testa masculina coronada, ha sido adjudicado, por los lectores del *Moving Picture World*, a Wallace Reid, con 25, 916 votos; pero Charles Rey le ha ido a la zaga con 23,528 votos.

«REMEDIO EFICAZ», INTERPRETADO POR FAIRBANKS

ESTÁ proyectando la nueva película de Fairbanks que lleva el título de *Remedio eficaz*. Se trata de una producción originalísima que mantiene al espectador en una constante tensión de risa, y de la que hablaremos próximamente.



¿Quiere V. escribir un cuento?

CONCURSO DE CUENTOS CINEMATOGRAFICOS DE «CINE POPULAR»

- 1.º Un premio de 25 ptas.
- 2.º Un premio de 15 ptas.
- 3.º Cinco premios de 5 ptas.

Para las bases, lea usted el número 31 de nuestra Revista.

Cuentos de Cine Popular

Agradecimiento

—Tía, ¿quieres ir al cine?— Preguntó Enriqueta a doña Francisca. Lo preguntaba por puro formulismo. Ella ya sabía que su tía estaba siempre dispuesta a ir a donde le indicase su sobrina.

—¡ Al cine, al cine! — runruneaba doña Francisca, al mismo tiempo que se arreglaba la cabeza frente al espejo, dispuesta a plantarse con su sobrina en un periquete en una de las localidades del cinematógrafo que funcionaba en la misma calle donde estaba enclavada su casa.

Doña Francisca odiaba el cine con todo su furioso humor de vieja. Le juzgaba aburrido y sobre todo inhumano. A la pobre señora le atacaba los nervios en gran manera ver a los artistas berrarse en medio de la mayor naturalidad. Y como esto, en la pantalla, sucede muy a menudo, doña Francisca, para no pasar tan mal rato, se quedaba durmiendo al cuarto de hora de estar ocupando su localidad. Para poder dormir con mayor tranquilidad, doña Francisca procuraba que la localidad inmediata a la que ocupaba su sobrina lo estuviese por una persona del mismo sexo.

Aquella noche se presentaba una película de la Bertini y al cine había acudido un público numerosísimo. Había apretujones a todo estar, pisotones épicos, codazos, toda esa variedad de molestias o sacrificios que trae consigo el asistir al cine en día de lleno. Las localidades se las disputaba el público poco menos que a puñetazos.

No obstante, doña Francisca y su hija tuvieron lo que se dice suerte. Después de haber conseguido franquear el tapón de carne humana que formaba el público que se había estacionado frente a la puerta de entrada, tuvieron ocasión de ocupar dos localidades que un matrimonio en aquellos momentos abandonaban, empero, las dos localidades inmediatas estaban ocupadas por dos jóvenes, cuyos rostros maliciosos intranquilizaron a doña Francisca. A esta le pareció leer en sus facciones:

—¿Dónde caerá la jovencita? ¿Quién de nosotros dos tendrá esa suerte?

Y doña Francisca decidió tener todos los sentidos despiertos. Había que velar por su sobrina. La juventud de ahora era tan alocada...

Pasaron dos, tres películas. Doña Francisca



Max Linder, a pesar de los años transcurridos, continúa usando el impecable «chaquet».

bostezaba, se rendía de sueño, pero el deber le daba fuerzas para no cerrar ni un minuto los ojos, que discretamente vigilaban a Enriqueta y al joven, con cara maliciosa, que tenía a su lado.

Comenzó a proyectarse la revista *Actualidades*. Esta venía a ser un semanario cinematográfico por el que desfilaba casi todo lo que en el mundo tenía un gran interés para la colectividad.

En aquellos momentos se estaban proyectando unas escenas tomadas en el interior de Africa. Se veía entre los negros a europeos. Según la cinta, éstos eran los encargados de introducir en los mercados aquellos

productos de consumo.

Doña Francisca miraba con atención la cinta. Precisamente por aquellos territorios tenía perdido a un hijo suyo, de quien no sabía si vivía o había muerto. Un año hacía que no había recibido carta suya. Aquel prolongado silencio le había secado el lagrimal. Las madres acostumbran a pensar siempre en lo malo y ella suponía que su hijo había muerto entre aquellos salvajes.

Doña Francisca creyó que soñaba. En la pantalla aparecía la figura de su hijo, del perdido. Era uno de los europeos que desfilaban por ella. A Enriqueta le sucedía al mismo tiempo otro tanto.

—Tía, ¿no es ese el tío Paco?

Emocionada balbuceó ésta:

—Sí, Enriqueta; el tío Paco, mi hijo...

Al día siguiente doña Francisca y su sobrina fueron también al cine. A las dos sesiones asistieron. A la de la tarde y la de la noche. Y mientras se pasó aquella cinta las dos mujeres no dejaron de asistir ni a una sola sesión.

Orientada por la cinta, doña Francisca escribió a su hijo. No tardó mucho tiempo en recibir contestación a la suya. En ésta su hijo se excusaba de su tardanza en escribir. Había tenido que vivir una larga temporada en el interior de unas tribus faltas de comunicación postal.

Doña Francisca, desde aquello, dejó de mirar con antipatía el cine. Transigió con él, incluso con su cortejo apasionado de besos. Su amor de madre fué el origen de este cambio de pensamiento.

JUAN CARRANZA

El niño mimado

Por Charles Ray

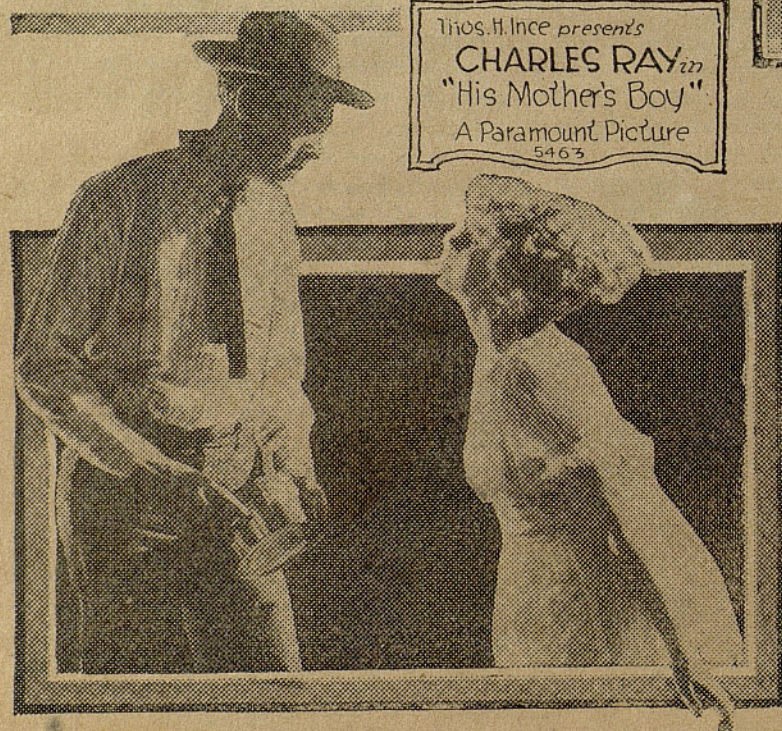
Mateo Denton es un muchacho de veinte años, producto de un pueblecito de Nueva Inglaterra.

Su padre fué un prominente hombre de negocios y en el último período de su vida, indujo a cierto número de sus vecinos y amigos a comprar acciones de la Centipede Oil Company, de Texas, persuadido de que eran negocio.

Mateo vive con su madre y ésta le colma de mimos y caricias no dejándolo alternar con los otros muchachos de su edad, gracias a lo cual se ha ganado el nombre de «Niño Mimado».

Un buen día, los poseedores de las acciones de la Centipede Oil Company, reciben un telegrama en el que les anuncian que la compañía no pagará dividendo a causa de la falta de la producción. Los accionistas indignados se dirigen a casa de la viuda Denton, a quien increpan diciendo que su difunto esposo los engañó miserablemente haciéndoles comprar acciones de una compañía que estaba un poco menos que en quiebra. Mateo oye las acusaciones y ve que su madre llora, se presenta en el salón y dice a los reclamantes que la dejen en paz, pues ella no sabe nada del asunto, que él marchará a Texas para aclarar la cuestión.

Del pequeño pueblo pasamos a una ciudad de Texas con su inevitable bar, la multitud de obreros el matón y el borracho, que tiene una hija hermosa



Thos. H. Ince presents
CHARLES RAY in
"His Mother's Boy"
A Paramount Picture
5463



Thos. H. Ince presents
CHARLES RAY in
"His Mother's Boy"
A Paramount Picture
5463

e inocente. Mateo empieza sus investigaciones empleándose como obrero en los pozos de aceite y se hospeda en casa de la señora Glenny, donde conoce a Mabel, esposa e hija del borracho respectivamente.

Glenny, el borracho, con el fin de tener dinero para saciar su pasión por el vino, se ha prestado a ser cómplice de Banty Jones, el matón, en la instalación de una cañería clandestina que del pozo de la Centipede va a parar a los depósitos de la compañía rival. Es inútil decir que esto lo pagan bien.

En casa de Glenny se hospedan muchos trabajadores, entre ellos Banty Jones quien quiere casarse con Mabel, y un día que ésta se presenta con una sortija de prometaje que le ha dado Mateo, Banty dice al muchacho que deje a Mabel libre otra vez y que se marche dentro de veinticu-

El niño mimado

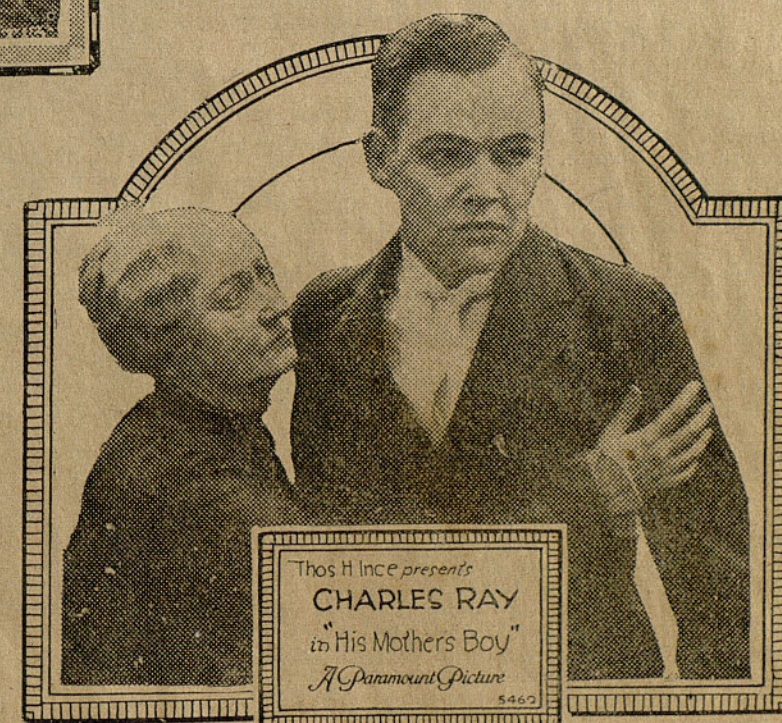
Por Charles Ray

tro horas, a no ser que quiera ser blanco de su pistola.

Mateo que es de un natural tímido, no sabe que partido tomar, y Mabel le devuelve la sortija para sacarle del apuro.

En éstas, Mateo ha descubierto la cañería clandestina y telegrafía a la Compañía avisándoles su descubrimiento pero que ignora quienes son los autores. Un poco más tarde Mateo oye una conversación entre Banty y el padre de Mabel, lo que le hace comprender que aquellos dos son los que han instalado la célebre cañería, si bien también se desprende que Glenny se ha prestado al engaño debido a las amenazas de Banty y su debilidad por el vino. Mateo no quiere oír más y se presenta ante los dos hombres empleando los puños en tal forma contra las narices de Banty que no dejan lugar a duda a éste que será él quien marchará dentro de veinticuatro horas y no Mateo.

Mabel, al ver a su novio tan valiente, se entusiasma y los demás obreros también están contentos de ver que al fin hay quien arregla las cuentas al «pincho». Entonces Mateo explica quién es él y que su traje de obrero no era más que un disfraz para descubrir quién robaba el aceite. Sigue a esto la detención de Banty, y Mateo y Mabel se juran eterno amor.



Thos. H. Ince presents
CHARLES RAY
in "His Mother's Boy"
A Paramount Picture
5463

El Gato con Botas

(Conclusión)

De sobremesa, Kattrup cuenta a Jorgen sus andanzas... Por un par de zapatos de mujer y la indiscreción de un «pipiolo» imberbe, se ha visto expulsado de la Universidad, y al saber por un periódico el fallecimiento del chambelán, ha venido a pie y sin dinero a la mira de que Jorgen necesite sus servicios. Y, en efecto, el aristócrata le nombra su Administrador general, pues está seguro de que su energía y audacia le serán útiles.

A la sazón ha llegado al castillo la condesa y su hija Rosa, y Jorgen después de facilitarlas un carruaje, las promete visitar con frecuencia su posesión de Trudstrup.

Kattrup demuestra pronto que es un excelente Administrador. Los servidores del castillo habían perdido la costumbre de madrugar, pero él sabe combatir la pereza con remedios eficaces y no tardan en hacer competencia a las gallinas. Aquella misma mañana despacha el pedigueño vizconde de Monbrisson y se las entiende, como buen «Gato con Botas», con el más fuerte de los acreedores de Jorgen. Este es el millonario Deschinkel, hombre de carácter benévolo y compasivo, verdadero paño de lágrimas de todos los «tronados» de la comarca.

Deschinkel siente mucho no poder seguir ayudando económicamente al aristócrata, pero en una carta le indica el medio de salir del mal paso: casarse con la hija del conde Markdanner, pues como está seguro del consentimiento de los padres de Rosa, tiene motivos para considerar el matrimonio como consumado.

Esta solución disgusta mucho a Jorgen, quien por nada del mundo querría dejar a la pobre Pips, su único amor. Pero la visita del usurero Kristen Bogedal, que para cobrar su hipoteca exige la venta del castillo, y los razonamientos de Kattrup, le hacen ceder, y el «Gato con Botas» pide para su amigo la mano de Rosa.

Se celebra con gran solemnidad la fiesta que los condes han organizado en su palacio para anunciar oficialmente la boda de su hija. Pí a quien Jorgen ha confesado noblemente la verdad, está allí substituyendo a la doncella Luisa que días atrás se ha fracturado una pierna. La pobre joven está desconsolada, y acepta de buen agrado aliarse con el «Gato con Botas» y hacer todo lo que éste le mande a fin de tener de nuevo a Jorgen.

Kattrup, que por primera vez en su vida ve en el conde Markdanner a un príncipe legendario, encuentra natural casarse con la princesa para sacar del apuro a su marqués de Carabas, e intenta enamorar a Rosa. Pero al ver ésta en un espejo que Kattrup y Pips sellan su alianza con un beso, despiertan en ella los celos, y se aleja del brazo de Jorgen.

Al día siguiente Jorgen pide explicaciones de su conducta al «Gato con Botas», pero Kattrup excita aún más su cólera diciéndole: «Comprenderás que ya que tú no puedes casarte con Pips, no es cosa de que la pobre se quede para vestir imágenes». Y luego, mofándose del pobre enamorado, le propone cambiar de novias. Esta entrevista influye de tal modo en el ánimo de Jorgen que inmediatamente escribe una carta a Ro-



CHARLES RAY en una escena de «El niño mimado»

sa, devolviéndola su palabra y el anillo de prometido.

Mientras tanto, Pips, para quien el golpe ha sido muy duro, en constante insomnio durante la noche, apenas amanece el día vaga por el bosque... Y Rosa, por su parte, tampoco es feliz... pues a quien ama es a Kattrup, único ser que, en breve entrevista, ha sabido despertar el amor en su corazón.

Después de la ruptura, Jorgen busca inútilmente a Pips, en el bosque, en tanto que la desgraciada joven ha llegado a pie hasta Trudstrup, creyendo encontrarle junto a su prometida. En realidad, quien está con Rosa es Kattrup. Es de noche y ambos jóvenes hacen música. Los dulces sonos llegan a oídos de Pips y subese a un árbol con la esperanza de ver a Jorgen en la habitación. Mas, desfallecida por el cansancio del camino, sin fuerzas ya para sostenerse, llama a su amado y a Kattrup y cae pesadamente en tierra. El «Gato con Botas» acude a la ventana, pero al no ver a nadie, vuelve al lado de Rosa observando entonces, radiante de alegría, que la joven no tiene el anillo de prometida. Kattrup hace una declaración en toda regla, pero Rosa se resiste a confesar sus sentimientos: quiere trocar en victoria para el que ama, su próxima y deseada capitulación.

A la mañana siguiente el azar pone en camino del bondadoso millonario Deschinkel, íntimo amigo del tío de Jorgen, el cuerpo inanimado de Pips. Recogida por él, aunque recobra pronto la salud, no quiere separarse de su pequeña protegida, y días después viene en conocimiento de que es su sobrina. Enterado por ella de sus desventuras y al tanto de la situación por una carta de la condesa Markdanner, promete arreglarlo todo.

El transcurso del tiempo ha ido empeorando la situación económica de Jorgen. Mas, atormentado por los remorimientos, y sin poder consolarse de la pérdida de Pips, el dolor profundo de enamorado le hace insensible a la ruina y a sus terribles consecuencias.

De todos los acreedores que le sostenían esperando su dinero del matrimonio de convenien-

cia, Kristen Bogedal es el más intransigente y quien acelera la bancarrota. Ahora bien, la vispera de la subasta del castillo, el millonario Deschinkel como poseedor de varias hipotecas recibe una carta rogando su asistencia al acto, e inmediatamente llama por teléfono y acude Kattrup, al que encarga comprar el castillo en su nombre... «para luego darse el gusto de regalarlo a la pareja de tórtolos».

El día de la subasta, Kristen Bogedal con su figura de pajarraco de mal agüero, y el «Gato con Botas» sostienen un duelo a roz por la posesión del castillo de Jorgen. Pero finalmente es adjudicado a Kattrup que ofrece 800.000 francos.

Jorgen, aparentando una serenidad que está muy lejos de sentir, se dispone a abandonar para siempre la casa de sus mayores, bien ageno a la sorpresa que le ha preparado el «Gato con Botas». Mas de pronto, derribada la capota del

coche que le esperaba, ve ante sus ojos atónitos a Pips acompañada por Deschinkel.

—Déjame mi buen Jorgen—le dice el millonario—que te presente a mi sobrina e hija adoptiva, la nueva propietaria del castillo de Stensgaard. Su deseo es que tomes a tu cargo cuidar de ella y de la casa de tus antepasados.

Jorgen entonces comprende que su amigo Kattrup ha sido para él, el verdadero «Gato con Botas» del cuento de Perrault, y reuniéndole en un mismo abrazo con Pips, les estrecha contra su corazón.

Y después de haber ayudado a triunfar a su marqués de Carabas, el «Gato con Botas» se trasladada a Trudstrup, trepa a la ventana de Rosa, y en el silencio de la noche espera en acecho, a la princesa de su propia novela sentimental.

FIN

Corazón de bandido

Justino Tourre se empeña en ser ladrón sin tener vocación ni condiciones para ello. Justino hubiese hecho un perfecto canónigo. Epicuro puede estar satisfecho de haber dejado en la tierra individuos que tan fielmente han sabido interpre-

tar sus ideas. A esta clase de individuos pertenecía nuestro hombre.

Este en aquellos momentos está ejerciendo su oficio en una casa que, a juzgar por el interior, parece habitada por un prócer.

Como una sombra se desliza por las habitaciones. En una de ellas duerme santamente una angelical muchacha. El espíritu romántico de Justino se apodera de él.

Y cogiendo una flor de un ramo que hay colocado en un jarrón, la deja sobre el pecho de la feliz muchacha.

Después piensa el sobresalto que experimentaría ésta si se despertase en aquellos momentos. Para que así no suceda, abandona la habitación. Y para que sus compañeros vean que también sabe ejercer con éxito el oficio, se apodera de una imagen que hay colgada en la pared.

Sus compañeros, al verle llegar con aquella alhaja, le dicen:

—Justino eres un panoli más grande que una catedral. Te aconsejamos, por lo tanto, que dejes por completo este oficio, pues no se ha hecho para ti.

Y comprendiendo éste que sus compañeros están poseídos de toda la razón, decide abandonar la capital, a fin de dedicarse a otra clase de vida más en armonía con sus cualidades.

Emprende el viaje sin dos perras gordas. Los kilómetros andados le han abierto el apetito de una forma verdaderamente extraordinaria.

Y acordándose de su frescura de reventador de pisos, se introduce en el primero que encuentra.

Como si aquel piso hubiese sido siempre habitado por él, se pone a recorrer todas las habitaciones. En la cocina se da un banquete pantagruélico. Después se dirige al cuarto de baño, y sin temor a que le pueda sentar mal el agua sobre los manjares engullidos, se da un baño completo.

Nuestro hombre está cansado. En la casa hay una cama mullida preparada. Sin encomendarse nada más que a su comodidad se deja caer en ella.

Antes, y para que la ilusión fuese más completa de que se encontraba en su casa, se ha apoderado de un pijama que había en el cuarto de baño.



Al día siguiente, los moradores de la casa se encuentran agradablemente sorprendidos con la presencia del nuevo huésped.

Son éstos madre e hija. Y como están esperando por aquellos días a un primo que ha pasado casi toda su vida en América, en donde ha conseguido hacer una fortuna, toman a Justino por el primo que tiene anunciada su visita.

Todo esto da origen a que éste se dé una vida fastuosa de príncipe.

Justino compra automóviles y castillos. Su prima está cada vez más enamorada de él. Tan enamorada está que no cesa de bendecir la hora en que su madre le aconsejó que se aprestase a ser la esposa de su primo.

Justino, por su parte, se ha llegado a tomar tan en serio su papel de primo adinerado que ha olvidado por completo su pasado, y especialmente su original manera de introducirse en aquella casa.

La madre le permite que se tome algunas libertades con la hija, pues el primo había pedido la mano de ésta, y el viaje había sido hecho con el objeto de contraer matrimonio.

Justino se considera el hombre más feliz del mundo. Por su rostro resbala la satisfacción que anida en su pecho. Empero estaba de Dios que su felicidad no iba a durar mucho tiempo.

Un día, un mal día para Justino, llega a la casa el anuncio del próximo arribo del primo verdadero.

Justino se entera a tiempo de su llegada. En aquella casa no manda nadie nada más que él. Las criadas le llevan a su cuarto las cartas, aun las que vienen dirigidas a las señoritas. Una de éstas es la del primo. Justino la abre con cierto sobresalto. El sello americano le escalofría. Antes de comenzar a leerla presiente una desgracia horrible. La llegada del primo, supone para Justino una de las mayores desgracias de su vida.

Con la llegada del primo auténtico no tiene otro remedio que poner pies en polvorosa, tomar las de Villadiego, con todas sus consecuencias.

Es decir, despidiéndose para siempre de aquella vida de abundancia, salpicada de caricias a hurtadillas y suspiros prolongados de aquella prima inesperada y bonita.

Dice así la carta truncadora de su felicidad.

«Queridas tía y prima: Acabo de embarcar en el «Provence». Como quiera que haremos escala en el «Havre», tardaré un mes en encontrarme al lado de vosotras.

Ya os podéis imaginar las ganas que tengo de hacerlo. Y más que de esto de aumentar el parentesco uniéndome con la prima, de la que cada vez estoy más enamorado, pues gracias a sus cariñosas y delicadas cartas se puede decir que he leído en su alma la pureza de sus sentimientos. Luis.»

Justino no puede estar más tiempo en la casa. Y una noche cuando las dos confiadas mujeres duermen, la abandona.

A los pocos días llega el verdadero primo. Es un ser obeso y de una figura bastante anties-tética.

La muchacha lamenta que el primo falso no haya sido el verdadero.

ESTRELLAS DE LA PANTALLA



Italia-Almirante Manzini

Es Italia Almirante Manzini una estrella de la cinematografía italiana. Perteneció a esa escuela de bellas artistas cinematográficas de Italia, todo espíritu, emoción y sentimentalidad, que tan maestramente han sabido interpretar la clásica tradición de la belleza romana, en la moderna producción de la pantalla.

Empresarios: ¿Queréis ver vuestros locales llenos? Proyectad

LA GRAN JUGADA

estupenda serie que tiene la **Cinematográfica Española**. Rda. Universidad, 7, 3.º-Barcelona

EL ARTISTA CINEMATOGRAFICO

es el manual más apropiado para los aficionados y aspirantes a artistas de cine.— VALE ptas. 1'50: En esta Administración o en la

Escuela Nacional de Arte Cinematográfico

única legalmente autorizada en España. Calle de San Pablo, 10 — Barcelona.— Clase cada tarde de 6 a 9: Pose, Bailes, Sports, Edición de películas.— Director: L. PETRI

La joven se sonrojó de improviso, sintiendo latir con violencia su corazón.

—¿Qué tiene que decirme, marquesa?—repuso tímidamente la joven.

—Una cosa que también puede oír Elsa—respondió riendo Berta.—Sabes, querida Nilda, que entre todas las jovencitas que frecuentan mi casa y son amigas de mi hija, sólo tengo predilección por ti, porque eres todo bondad y modestia y sería feliz si llegaras a ser para mi Elsa una hermana y para mí una segunda hija.

La marquesa pronunció aquellas palabras con tanto amor que la condesita no creyó las dijera Berta sino otra persona.

Su emoción la obligó a apoyarse en un velador para disimular la impresión. Pero no pudo responder. Elsa exclamó alegremente:

—¡Oh, mamá! Qué buen pensamiento has tenido. Sí, sí... yo quisiera ser hermana de Nilda... y también ella lo querrá... ¿No es cierto?

—Pero... no sé...

—¿Cómo? ¿Me rechazarías?—añadió Elsa con acento de dulce reproche.

—¡Oh! no digo eso—respondió vivamente Nilda;—no lo crean ustedes... sería feliz... pero no comprendo...

La marquesa Berta gozaba con la confusión de la joven.

—Querida Nilda, no hay motivo para que te impresiones de ese modo. Tu inocencia no debe alarmarse por eso, y debes comprender que si Elsa y yo te deseamos para formar parte de nuestra familia, es porque reunes todas las condiciones que deseo para la esposa que he soñado para mi hijo.

Nilda estaba palidísima y sus hermosos ojos se llenaron de lágrimas. Berta lo notó.

—¿Te he disgustado?—exclamó.

Nilda no respondió.

—¿No te gusta mi hijo?

Las mejillas de la joven ardían; pero sus labios permanecieron mudos.

—Mamá—dijo Elsa con malicia,—Nilda no se atreverá nunca a decirte que le ama...

—¿Por qué? No es jamás culpable un afecto que una madre bendice.

Nilda recobró ánimo; dirigióse a la marquesa y con voz firme le dijo:

—El marqués Otilio no ha pensado nunca en mí.

—Te equivocas—repuso vivamente la marquesa;—me ha hablado muchas veces de ti con admiración y respeto... Ha dicho que sería feliz el hombre que tuviese por esposa a una mujer como tú. No pretendo ocultarte que mi hijo fué ligero, amante de diversiones... pero

Berta no era mujer que temiera la cólera de su esposo. Le miraba con desprecio y desdén.

—¡Pobre casa Montepiana—dijo con acento sarcástico,—si tú la rigieras!

En vez de contestar, Carlos se puso en pie, lívido, cogió el sombrero y el abrigo saliendo de la habitación.

La marquesa Berta temblaba. ¿Era aquel hombre a quien se unió en matrimonio, el padre de sus hijos?

¿Qué le importaba a él la ruina de la casa mientras pudiese satisfacer sus pasiones?

Y Otilio seguía el mismo camino. Pero allí estaba ella que pondría remedio a todo conjurando la ruina que les amenazaba.

Una sombra pasó por su mente cuando se levantaba para ir a su cuarto.

Vió sobre una silla el traje que su marido había llevado aquella mañana y lo cogió para llevárselo. Pero en el momento en que iba a guardarlo vió caer al suelo un billete rojo.

Berta lo cogió leyéndolo:

«Niní mío: Tu collar brilla sobre mi pecho, y mientras me miro al espejo pienso en ti, que eres el más gentil de los amantes. No sabes qué bien sentarían a tu Teresina dos esmeraldas como las del collar para pendientes. Pero soy una loca pensando en ello, como lo soy también amándote tanto. Quien me hizo el ofrecimiento fué el duque, pero no temas, tu Teresina te es fiel y no acepta otros regalos que los tuyos. Acuérdate que después del teatro te espero.»

Berta se acercó al escritorio de su esposo, tomó una hoja de papel y escribió:

«Cuando un marido y padre de familia se rebaja hasta el extremo que usted lo hace, no es digno del respeto de su mujer y de la autoridad de sus hijos. Le prohibo hablar a Otilio como hablamos acordado; en mis hijos, en el honor de mi casa, pensaré yo sola. No se ocupe usted en otra cosa que en regalar esmeraldas a sus amiguitas, dignas por todos conceptos del cariño de su «hermoso Niní.»

Cerró las dos cartas en un sobre y escribió encima: «A mi marido».

Y dejando la carta sobre la mesa se retiró a sus habitaciones enfurecida.

A la mañana siguiente la marquesa entró en la habitación de su suegro que acababa de levantarse.

El anciano estaba abatido; penosos ensueños le habían agitado durante toda la noche; sentía un malestar inexplicable y los remordimientos le apenaban en extremo.

—¿Has hablado con Carlos?—preguntó la nuera.

—Sí, le he hablado—repitió la marquesa,—pero no podemos contar con él para nada. Tu hijo es indigno. Prefiere dejarnos caer en la ruina a renunciar a sus vicios.

—La culpa es mía—murmuró el anciano.—Fui demasiado indulgente con él. ¿Pero qué ha dicho de las cartas?

—Dice que son una burla y que no hace caso.

—Pues no soy del mismo parecer—exclamó el marqués Jacobo, levantando la cabeza con orgullo.—Esta noche he visto en sueños a mi hermano que repetía casi las mismas palabras de la carta. Alguien creería que están escritas por él... y yo seguiré sus consejos.

—¿Qué quiere decir?

—Impediré en absoluto que mi hijo contraiga nuevas deudas, pagaré con el resto de mi patrimonio las que ya no se puedan evitar, te ayudaré en el casamiento de mis nietos y si la legítima heredera aparece, le daré no sólo lo que en justicia le pertenece, sino que la reconoceré como de la familia.

La marquesa le escuchaba con angustia y rabia al propio tiempo.

—¡Eso nunca mientras yo viva!—exclamó.—¿Estoy, pues, sola para defender nuestro nombre de la vergüenza, para mirar por la felicidad de mis hijos?

—¿Crees poder evitar el escándalo y ser feliz si obramos contra la conciencia y la legalidad?

—¿Por qué no pensaste antes cuando tus nietos eran niños y nada comprendían, cuando Carlos y yo estábamos en edad de doblegarnos a tus mandatos y hacer frente a la necesidad? Ahora es tarde. Quiero conseguir para mis hijos una posición brillante, quiero que el mundo ignore estas luchas íntimas de familia y venceré yo sola si me falta tu apoyo y te cuidas más de una bastarda, a la que no conoces, que de tus nietos, que te aman y confían en ti.

La marquesa Berta había tocado el resorte del anciano. Este miró tembloroso a su nuera.

—¿Yo hacer daño a mis nietos, olvidarlos por la otra? No... no... Pero dime: ¿si esa joven apareciese?...

—Déjala que venga y te diré lo que debemos hacer; confía en mí.

—Pero ¿y si el autor o autora de estas cartas cumple la amenaza de revelarlo todo a mis nietos?

—Lo preveo... y mis hijos creerán mejor a su madre que a un escrito anónimo.

El marqués Jacobo comenzaba a confiar en su nuera.

—Quizá tienes razón—dijo,—pero te repito que es necesario poner término a los desórdenes de mi hijo.

—En este punto no sólo soy de tu parecer, sino que te ayudaré cuanto pueda.

La marquesa Elsa estuvo largo rato con su suegro, pero todavía no había terminado su tarea por aquel día. No quería que sus hijos tardaran en saber su propósito decisivo.

Pasando por la puerta del estudio de Elsa oyó una animada con-

versación y abriendo la salita vió juntas a su hija y a la condesita Nilda Teana.

El semblante de la marquesa se serenó.

—Me alegro mucho de verte en mi casa, querida niña—dijo con familiaridad besando con cariño a la joven.—¿Has venido a pasar el día con Elsa?

—Sí, si lo permite usted—respondió Nilda,—porque estoy sola, sola.

—¿Cómo ha sido eso? Siéntate, Elsa. ¿Qué tienes que estás tan pálida? ¿No te encuentras bien?

—Sí, mamá, estoy muy bien, pero estoy conmovida por el relato que me estaba haciendo Nilda de la señorita Bonetta.

La marquesa frunció el entrecejo.

—¿La has vuelto a ver?—preguntó a la condesita Teana.

—No; pero la señora Palmeri estuvo en el hospital y decía que la joven no cesaba de llorar. Prometiéndole interesarse por ella cuando estuviese curada, pero ha vuelto al hospital y ya no la encontró. Fué a la casa donde vivía y allí le dijeron que había estado a buscar su baúl y que se marchó en seguida. La señora Palmeri, que como sabe usted, señora marquesa, es una santa, pareciéndole un pecado dejar sola a la joven, fué a la comisaría a informarse, y...

Nilda interrumpió su relato, no podía continuar, la angustia la sofocaba. También Elsa lloraba. Sólo la marquesa permanecía impasible.

—¿Qué han dicho allí a la señora Palmeri?—preguntó con frialdad.

—Le han dicho—respondió Nilda con voz trémula,—que se sospecha haya muerto ahogada en el Pó, porque en la orilla han encontrado objetos de su pertenencia y la dueña de una hospedería cercana al lugar ha llevado una carta a la delegación en que la señorita Bonetta decía quería ir a reunirse con su madre y dejaba a la dueña de la hostería su baúl y todo cuanto en él tenía la infeliz.

—Luego no es una sospecha sino certidumbre, el suicidio de esa señorita, pues en otro caso no hubiera cedido su ropa—dijo la marquesa.

—Es cierto, pero el cadáver de la señorita Bonetta no ha sido encontrado—murmuró Nilda.

—Eso no significa nada—repuso la marquesa,—porque el Pó tiene puntos muy hondos y no siempre devuelve su presa. Pero dejemos un asunto tan triste y dime, querida Nilda, a qué obedece el estar hoy sola.

—Porque mi hermano está ya hace algunos días en nuestras posesiones de Balangero y la señora Palmeri ha ido esta mañana a ver a mi tía y a llevarle unas muestras de encajes que quería.

—Y tú has hecho muy bien en venir a vernos, porque tengo que hablar detenidamente contigo.

Página de Modas de "Cine Popular"

Los presentes modelos representan un elegante abrigo de entre-tiempo, de lana ligera, y un traje sastre, ambos creación de Gustave Lyon, modelos los dos de última novedad para la temporada.



LEA USTED EN EL PROXIMO NUMERO DE «CINE POPULAR»
Antonio Moreno, un español que triunfa en América. — Aventuras extraordinarias de Charlot en la Luna. — Argumentos, fotografías de palpitante actualidad. — Tolo lo nuevo que interesa en el cinematógrafo.



PREGUNTAS

264.—Tengo gran propensión al hipo, lo cual me molesta mucho. ¿Conoce usted algún procedimiento para evitarlo?—*Maruja*.

265.—Para evitar los zumbidos de los oídos, ¿qué puedo hacer?—*Carlos*.

266.—¿Existe alguna receta para el cutis grasiento?—*Electra*.

267.—Quisiera saber qué es bueno para curar el sudor de los pies.—*Beatriz*.

268.—¿Qué costumbre rige para los trajes de boda?—*Pitusilla*.

269.—¿Es prudente que salga una muchacha sola por la calle?—*Marga*.

RESPUESTAS

264.—Para contener el hipo hay un medio muy sencillo: hacer tracciones rítmicas de la lengua. Pero es menos desagradable mojar en vinagre un terrón de azúcar, meterlo en la boca, roerlo y cuando se haya tragado el hipo habrá desaparecido.

265.—Pruebe de empapar una bolita de algodón hidrófilo, con té verde, e introducirla en el oído para renovarla a menudo. Este remedio impide los zumbidos y conserva en buen estado la audición.

266.—Da buen resultado el procedimiento siguiente. Haga con agua caliente una espuma espesa de jabón de Castilla y frótese el rostro con ella, tratando de que limpie bien los poros y siempre con un movimiento hacia arriba y hacia afuera. Entonces aclárese bien con agua caliente y en seguida con agua fría, lo más fría posible. Después si puede hacerlo, pásese por toda la cara un pedazo de hielo durante treinta segundos.

267.—Para evitar esta penosa incomodidad, use zapatos muy ligeros, especialmente de tela, de lona o raso. Lávese con frecuencia los pies con agua caliente, agregando un poco de sal amoníaco o cloruro de cal.

268.—Existen hoy dos estilos de trajes de bodas, que se disputan la supremacía: el clásico o tradicional que consiste en el vestido de satén blanco, sobrio en adornos e impecable en su forma, que resulta el más acabado emblema de la pureza, y el otro, que permite toda clase de fantasías, desde gasas bordadas con perlas a los brocados de plata y desde las formas conocidas a las más variadas de cuantas suelen elegirse para una toilette nupcial.

El velo se lleva de varios modos: unas veces cubriendo parte de la cabeza y otras a la «Madona», esto es, sujeto a la cara por un hilo de azahares. También se usa una diadema de flores compuesta de dos o tres de éstas sostenidas por el velo de este género.

Cada una de estas tres formas de colocarse los azahares completa un estilo: desde el clásico elegante y sereno hasta el que permite en sus múltiples esplendores, aun la llama de plata y los bordados con perlerías.

269.—¿Por qué no? De día y sabiendo escoger los sitios por los que ha de discurrir, no veo inconveniente en que una muchacha salga sola a la calle. Una señorita debe bastarse para hacerse respetar y mu-

chas prevenciones de nuestros abuelos carecen de fundamento.

CORREO DE MABEL

Rubita: Leída su producción con interés. Buen estilo e imaginación profunda. Algunos defectillos, entre ellos, poca intensidad en las descripciones.—*M. L. Azevedo*: No puedo complacerla. Hay cosas que mejor es no ponerlas en claro. — *Luz*: Aceptada su iniciativa. Ya hablaremos de ello.—*Petra L.*: No. De ninguna manera. Estoy a sus órdenes.—*Un enamorado*: El corazón no admite consejos. Siga sus impulsos sin dejar abandonado el cerebro.—*L. S.*: Ya se contestó hace unos días. Vea los últimos números.—*Una morenita salada*: Masaje. Es lo único conveniente.—*Luisín*: Dirijase a una buena farmacia.—*Una alicantina*: Sí, puede usarlo. Da buenos resultados.—*Cali*: No tenemos tal retrato ni conozco lo que usted alude. ¿Qué será? — *Vicente M.*: Puede ser. Pruébelo.

Correspondencia

Juan C.: No se ha confirmado. 24 años. Lo ignoramos. Novelli no piensa por ahora retirarse.

Petra: Se le enviarán. Charlot regresa a América a primeros de octubre. No sabemos que piense venir a Barcelona.

Una entusiasta de Douglas: Es atleta, ¿qué duda cabe! No. ¿Soltero? ¿Ignora su matrimonio con Mary Pickford? Estos detalles no podemos saberlos.

Pirita: Lola París dejó el arte mudo para volver a la escena. Estaba recientemente actuando en Extremadura. Cantera está en Barcelona. De Argelagués ignoramos el paradero.

Susanita: No. No se ha estrenado aún.

Paquel: Envíe sus señas rectificadas.

Un aficionado: Es posible. Bebé Daniels no está casada. Mathot no ha estado nunca en América.

Vivales: Recibido su trabajo. No sirve.

Sussy: Bebé Daniels: Lasky Studio, 6284, Selmar Avenue, Hollywood (California).

Pablo García: Tom. Forman. Es una cinta muy antigua. Elsie Ferguson: Famous Players Studios, 127 w. 56 th. Street, Nueva York City.

Roure: Las señas de la casa Gaumont son: 53 Rue de la Villette, París.

Monin: Anita Steward nació en Nueva York. Puede enviarlos.—Es un error.

Fausto: Vivian Martín es joven, pero no tanto.

J. Ruiz: Es muy largo y haría falta pulirlo mucho. Siga trabajando y escribirá usted bien.

M. G. García: Tenemos un exceso de original enorme. Probablemente será imposible publicarlo.

José de la F.: No está mal, pero un poco largo. Vea nuestro concurso de cuentos.

Cine Popular

Serie cuarta

Cupón núm. 2

TALLERES GRÁFICOS COSTA, ASALTO, 45. — BARCELONA

¡EMPRESARIOS!

Por patriotismo, por la defensa de vuestros intereses, para que calmen la ansiedad que reflejan los rostros de nuestros compatriotas que siguen paso a paso la actuación de los valerosos soldados españoles en el territorio marroquí, **proyectad las emocionantes películas** que sobre los campos de batalla han filmado nuestros operadores con destino al suplemento especial de la **Revista Pathé** titulado

MARRUECOS